

NOTAS DEL DÍA
ESPERANDO NOTICIAS

Al comenzar el día de hoy no tenemos
noticias buenas, ni malas tampoco.
El gobierno las espera pronto del general
Blanco, relativas a las operaciones milita-
res que se desarrollan en la parte Orien-
tal de la isla de Cuba.

COMENTARIOS DE LA REDACCION
CUBA

No comprendemos que a nadie pueda co-
ger de sorpresa el crédito votado por el
Congreso americano para gastos militares.
Bastantes semanas antes de ello ya se había
hecho público (y el gobierno, siendo verdad
ó no, tuvo que desmentirlo) que España
gestionaba la compra de buques de guerra
en el extranjero; meses hace que muchos
periódicos dicen que la mejor manera de
acabar en Cuba, de un modo ó de otro, es
tener guerra con los yankees. Si á esto se
añade que, exagerándolo quizás, en todas
partes se habla de la mala preparación mil-
itar de la gran república, lo menos que ha
podido conceder Mac-Kinley á los juegos
de aquella tierra es la promesa de gastar
250 millones de pesetas en fortalezas, cañones,
barcos, etc. Si alguien creyó alguna
vez que tosiendo nosotros fuerte, los Esta-
dos Unidos iban á amilanarse, se equivocó
patéticamente. A nuestras cosas con-
testan ellos con otras; pero esperamos que
no pase más adelante el ostario.

DE TIROSO DE MOLINA
A MARÍA GUERRERO
(EPISTOLA)

Donosa y gentil María,
Sol de los corrales nuevos,
Sol de sorbo de los antiguos
Dichos á amarillos relictos.
Díceme ración liegatos
Que está Madrid tan diverso,
Que ni aun yo lo conociera,
Y que de conocerle
Mas aunque el mundo de antaño
Cambio por de fuera el gesto,
Mirado á fondo y de cerca,
¡Jurara á Dios que es el mesmol!

¿Que hicisteis, mis conterraneos,
Del solar de mi convento?
¿Pensais que al darle mi nombre
Se afrontara el del Progreso? (1)

Donosa y gentil María,
Sol de los corrales nuevos,
Puesto que en mujeres puse
Lo mejor de mi talento,
Dejando vida á mis mujeres,
Mostrad á los madrileños
Que no solo en teología
Me gradué de Maestro.
Del cielo, á dos de marzo
Fecha de mi nacimiento
Pues mi morir en la tierra
Fue mi nacer á lo eterno.

ALUMINO DE COMERCIO A FILIPINAS

Según parece, las casas exportadoras de
mercancías á Filipinas, de Barcelona, han
establado gestión para que la compañía
Trasatlántica, y previo un aumento de 15
por 100 sobre los fletes que ahora cobra,
elève á 18 las 13 expediciones que, según el
contrato vigente, efectúa en cada año desde
aquel puerto al de Manila.
A juicio de la Cámara de Comercio de
Santander, interesada á su vez en este au-
mento, con la sola condición de que la mi-
tad, al menos, de las expediciones que se
realicen partan desde aquel puerto, ha lle-
gado el momento de adoptar resoluciones
que consoliden, por los lazos de la sangre
y por la vida activa de los negocios, el jus-
tísimo dominio que tiene España en Fili-
pinas.

MALATS EN EL ATENEU

A los triunfos que su virtuosidad ha vali-
do en Madrid á Joaquín Malats, tiene hoy
que añadir otro muy gran alcanzado, co-
mo compositor, en su patria del Ateneu.
La sala estaba completamente llena, y pa-
ra dejar lugar á las elegantes damas que
habían invadido los escaños, tenían los so-
cios que congregarse con escuchar de pie
agolpados á las puertas.
El programa se componía exclusivamente
de algunas de las más notables obras
originales de Malats.

Mis hijos adoptivos están benditos de Dios.
Carlos ya está en disposición de crearse una
magnífica carrera y Lucila puede ser prin-
cesa.
Por fin, levantándose, se dirigió al cuarto
de Lucila.
—¿No te molestó?—dijo la señora de La-
chesnaye, acercándose á la mesa donde traba-
jaba Lucila.
—Madrina, vuestra pregunta me ofende—
dijo la joven con afectuoso reproche.
—Sientate á mi lado; tengo que hablarte.
Al mismo tiempo Beatriz se sentaba en el
canapé y hacia señas á Lucila para que se sen-
tase á su lado.
Cogiéndola la mano, la miró con ternura y la
dijo:
—Con qué ligereza pasa el tiempo. Me pa-
rece que era ayer cuando te tenía en mis bra-
zos, tan pequeña, cuando tu moribunda madre
te entregó á mí.
Has llegado á ser una joven en disposición
de casarte.

no le amo. ¡Por favor, no insistas, no me
casaré con él!
Beatriz le cogió las manos y la miró en s
lencio.
Hubiérase dicho que en su alma se libraba
un violento combate.
Más de una vez estuvo á punto de hablar
pero, por lo visto, le faltó el valor. Por fin
dijo con emoción contenida:
—Querida mía, á tu edad se tienen idea
muy novelescas. Se juzga la vida á través de
ilusiones que el tiempo se encarga de destruir.
Voy á darte una prueba de afecto, confían-
dote un secreto que no he dicho á nadie.
Cuando me casé, no amaba á mi marido; le
conocía tan poco...
Beatriz no pudo continuar y se llevó el pa-
ñuelo á los ojos.
Lucila quiso impedir que continuase.
—Querida madrina, para qué avivar re-
cuerdos que deben seros dolorosos?
Pero la señora de Lachesnaye había vuelta
en sí.
—No—prosiguió—no le amaba. No había
podido adivinar que naturaleza tan noble, que
corazón tan hermoso se ocultaban tras aque-
llas exterioridades graves é impenables. Pare-
mas tarde no puedes tí figurarte la adoración
apasionada que por él sentí... No hubiera, cam-
biado una vida triste pasada á su lado por otri
de alegrías; me hubiera arrancado el corazón
por dárselo á él.
Su muerte destruyó mi alma, me ha enveje-
cido prematuramente, y me ha sumido en un
dolor inconsolable. Si he consentido en vivir
ha sido por obedecer sus últimos mandatos
para cumplir los deberes que me legó.
Lucila, dices que no amas al príncipe. Re-
flexiona antes de rechazarle.
Yo creo que es bueno, leal, generoso, capa-
de hacerte feliz y de inspirarte con el tiempo
un afecto real.
Si no logras amarle como lo desearías
tendrás otras alegrías.
Serás madre, y el cariño maternal será sufi-
ciente para llenar el vacío de tu vida, para sa-
tisfacer las aspiraciones de tu corazón.
Lucila palideció.
Hacia esfuerzos para contener su emoción.
—Madrina—dijo con dulzura,—no creas
que soy testaruda; pero, os lo repito, esa bod
es imposible.
—¿De modo que decididamente rechazas á
príncipe Paresco?
—A él y á todos. No quiero casarme.
—¿Que no quieres casarte? ¿Por qué?

forma femenina envuelta en un largo abrigo
aegro.
Andaba muy ligera á lo largo de la acera.
Alguna vagabunda nocturna, se dijo y si-
guió adelante.
Iba muy deprisa buscando con la vista un
coche.
De repente sintió que le cogían por el brazo.
Se volvió con ligereza.
Era la mujer del abrigo que le había cogido
silenciosamente.
—Seguid por nuestro camino—dijo el ame-
ricano—ó si no...
Y se interrumpió.
La mujer había levantado el velo.
Al vacilante resplandor de un farol, Walla-
ce vio la cara pálida y los ojos dilatados de la
señorita de Saint-Albin.
—¿Vos aquí, sola, á semejante hora, con un
tiempo como este? ¿He visto bien?
—Sí; sí; me moría de impaciencia—murmuró
la joven.
—¿No podías haber esperado hasta mañana?
Yo hubiera venido por la tarde como os lo te-
nía prometido.
—No hubiera podido esperar tanto tiempo—
exclamó con voz entrecortada.
Ya lo veis, estoy medio loca... He salido de
casa de mis padres sin su permiso... Me creen
acostada...
Pero, ¿le habéis visto? ¿Le habéis hablado?
¿Qué dice? ¿Qué disculpa invoca? Me contentaría
con una palabra de pesar, aunque fuese
con un fingido arrepentimiento.
—¿Cómo? ¿Y es la orgullosa señorita de Saint
Albin la que habla de ese modo?
—Oh! no me habéis de orgullo... No lo ten-
go. Por piedad, contestadme á mi pregunta.
—¡Ah!—dijo el americano, dando á su voz in-
flexiones tiernas—ese vanidoso joven, como
quiere haber desconocido un tesoro de abnegación
y...
—¿Qué os ha dicho?—le interrumpió la des-
graciada joven.
—Ha dicho que no tiene la paciencia de un
pedagogo para enseñar á una persona insolente
como vos.
Que ha sido una suerte el que seáis mujer.
Que si un hombre le hubiese provocado le hu-
biera desafiado. En fin, que se alegra infinito
por haber conseguido su libertad, pues tiene
tanto orgullo de su nombre como vos de vuestra
fortuna, que él desprecia, y me ha rogado
que no le moleste más con mi insistencia.
Pobre joven, no me queda más daros un con-

sejo. Olvidad á ese ingrato. No es digno de
vos.
Diana se tambaleó, se hubiera caído al no ser
por Wallace Bryant que la sostuvo.
—¡Vamos á ver, señorita, tened valor! Sois
joven, hermosa, rica, adúlada y envidiada por
todos; olvidad á ese desgraciado.
En aquel momento un carruaje pasó por la
calle.
Wallace Bryant llamó al cochero.
—Dejadme que os acompañe hasta vuestros
casa—la dijo.
La señorita de Saint-Albin no contestó, vol-
vió á echarse el velo sobre su rostro y obedeció
silenciosamente.
VIII
Un misterio.
La ruptura de la boda de su hijo había su-
midó á Beatriz en profunda tristeza.
Había estado muy contenta por poder colo-
car á Gastón siendo á un joven.
Pensaba, y no sin razón, que casado estaría
al abrigo de las tentaciones que de ordinario
asaltan á la juventud.
Con una mujer tan perfecta como Diana y
cuyo amor le haría recobrar sus energías, Gas-
tón no tendría más que ir viviendo para recor-
rer el camino brillante que una dicha rara
parecía haberle trazado.
Además, la señora de Lachesnaye tenía un
gran afecto á Diana.
Conocía los defectos de la joven.
Pero le parecían más bien el resultado de su
educación que los indicios de una mala natu-
raleza.
Además se compensaban con exceso con las
verdaderas y sólidas cualidades del corazón.
Á Beatriz la parecía que las misteriosas
amenazas de Octavio Rouviere empezaban á
realizarse.
En vano se esforzaba en combatir un pre-
sentimiento más fuerte que la causa.
Algo la decía que aquel hombre no era ex-
traño á aquella ruptura.
Sin embargo, Gastón afirmaba, por su hon-
or, que Diana había provocado la disputa.
El joven, diciendo que no recordaba el tra-
pesado, había rogado que no pronunciara el
nombre de la joven delante de él.
Pensaba en absorberse en su trabajo, crea-
yendo que estaba curado del amor.
Beatriz se abstenía de hablar, comprendien-
do que estaba perdida toda esperanza,





